

## CARLOS CHIMAL

# BRAVO NUEVO MUNDO

"Platero, tú nos ves ¿verdad?"  
Juan Ramón Jiménez

Nacida de una esquelética polea cámbica y un domador de salones platerescos, Georgette sudó su primera sal hepática a los tres días del Festival Orgiástico Senatorial. Los padres tejían una red treisiana y, al verla, sus corazones depositaron tres docenas de leucocitos y tres más de linfocitos en la plaqueta del recuerdo infantil. Sonrientes, se miraron algunas glándulas lacrimal y se sintieron satisfechos de haber engendrado el el DNA más hermoso de la Tierra. La madre transportó y recogió. Luego no tuvo más que exclamar suavemente.

—La fémina que a mi hogar arribó una noche de inquieto plexus solar será la amatista más fina de todos los granos de malta en la América.

El padre, conocido en la región como "Platero el Jiménez", reforzó los nudos que habían resultado del nudo metaforizado por sus brazos. Buscaba absorberse en la tierna femineidad que llenaba su casa para opacar el cruento y expectante futuro de la nación.

—Si ella sola fuera la esperanza que necesitamos —ahuecó sus labios, mayores y menores, dejando pasar a su lengua el viscoso líquido salado—; si esta niña reflejara en el azul la inutilidad de la procla-

ma —abrió aún más los labios y deslizó su lengua—; si por un momento detuviera a los cientos de cuerpos putrefactos que ocuparán las sillas constitucionales —respiró evitando el contacto con el pelo y cerró los ojos al sentir su boca desprovista de saliva virgen.

La mañana había traído tres enormes ballenas a las playas de la Bahía Norte, aplastando las declaraciones del general, Director del Triunvirato Astrocítico que gobernaba años atrás, respecto de la división en el partido mayoritario, Acción Oligodendrocita Nacional, y blandiendo los insistentes rumores acerca de una proclama que inquietaba a los cultivadores de mariguana, publicada clandestinamente por "facciones factiblemente factores de sublevación". El comunicado militar aparecía en la página 32 y este era un signo infalible del ocaso gorilense.<sup>1</sup>

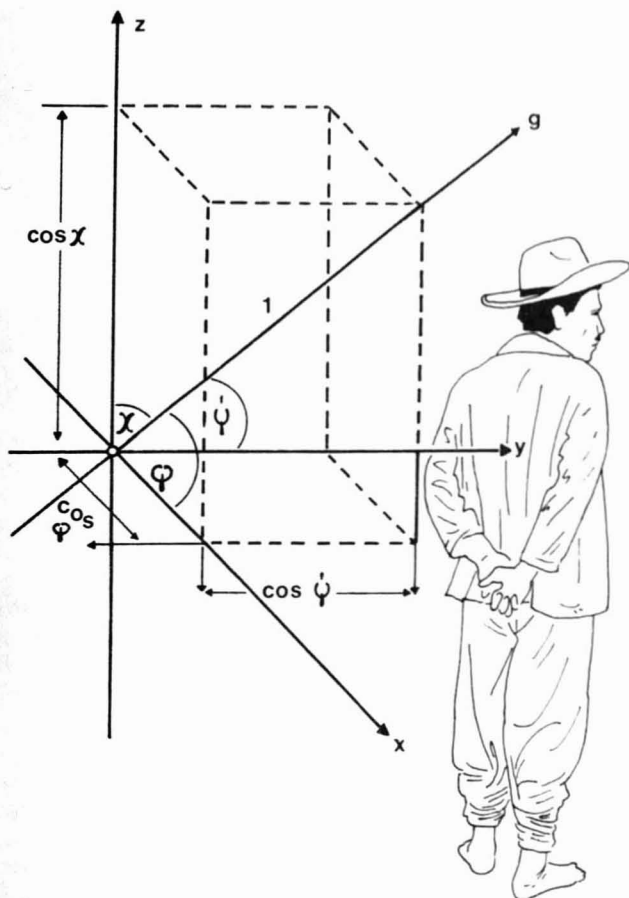
Durante el primer día de vida de Georgette, frente al balcón y mientras observaban los festejos por un año más en la gracia del Estado, "Platero el Jiménez" comenzó a hablarle cosas al oído, acariciando su pequeña y aún desnuda cabeza.

Esto es, comenzar por una especie de explícita agitación, por la certidumbre de una cuestión empapada de escalofríos. Una noche de violencia que, supongamos, podría comenzar con tu carta. No la que me enviaste el mes pasado, ni mucho menos la última, pobre desesperada, sino con la mía. Ahora, por favor linda, comencemos por la mía, tan sutil, tan fina, y sobre todo tan llena del odio que exhalo sin interrupción. Una noche que, según dice Mateo, es como cualquier otra. No lo dudo, la simplicidad y su búsqueda, paradójicamente, reducen la capacidad de impresión ante lo maravilloso al mínimo de sensibilidad. Por otra parte, ni él ni nadie está obligado a sentir, mucho menos a entender, la violencia, el estupor, el agotamiento de esta noche. Y no quise arribar de día aquí, a la cavidad de tu memoria, porque hubiera tenido que pintar las calles con saliva y con timidez, arrinconado por la urbe, delimitado el camino por el tránsito. Preferí afiliarme a la noche no obstante su posible traición. Caminaba hacia aquel viejo rincón de la imágenes (tu pubis de trigo) y especulaba, con ironía y regocijo, sobre la autenticidad de la confesión que César me había hecho pocos minutos antes de partir.

—He comprobado —dijo con satisfacción— que la Gioconda ha sido excelentemente reproducida por la propaganda comercial. A ellos le debemos su enorme popularidad; Boticelli también puede estar orgulloso de llevar Levis.

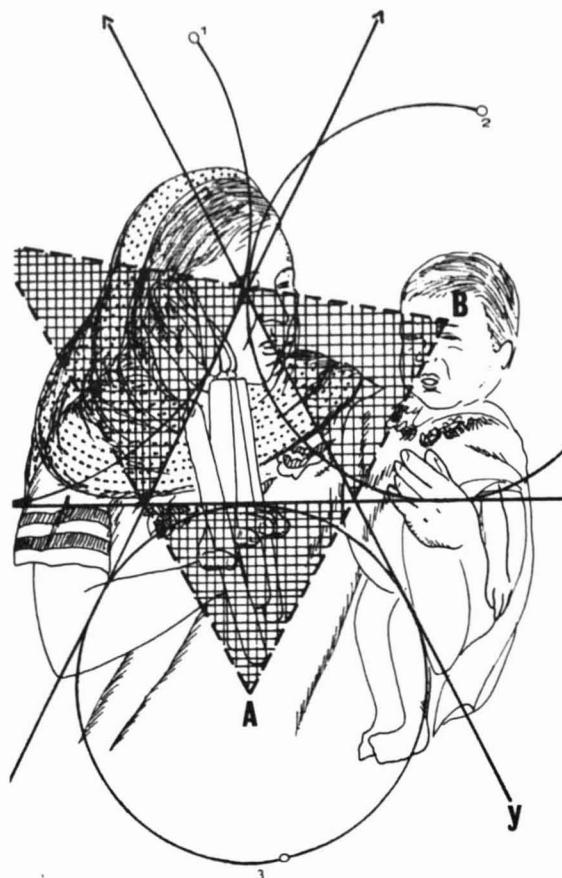
Lo miré con extrañeza y bufé para expulsar mi incompreensión sin lastimarlo. Fui brusco; lo sé ahora porque enseguida echó a reír, disipando su propósito de manifestarse más en aquella ocasión, la última en persona que tendríamos por mucho tiempo.

1. Véase *Rayuela*, capítulos prescindibles núm. 85.



La carta que podría ser, supongamos por segunda vez, el comienzo de un epistolario. El descenso del turbión o la inalterable promiscuidad o las contracciones irrepetibles o la recreación (inútil, créeme) de la noche de mi llegada. Un epistolario, pretexto para jugar nos mi rabia y el calor de tus muslos. Crecí sin la convicción de mi propia niñez, hundido en la nebulosidad afásica de la adolescencia y sostengo, hoy, que te amaba como un niño mientras la pasión adolescente inflamaba un insano fervor por ti que me obligaba a permanecer detrás de tu piel, como aquellos jóvenes músicos, sin piel para sus tambores, ignorados por las casas disqueras, no más *Rolling Stones*.

La noche que sufrí el frío crepuscular de esta ciudad vi a Mateo. Era un convencido de su futuro fracaso. Lo preveía con desparpajo. Su figura quebradiza, romboide, elíptica al caminar, lo mantenía alejado de cualquier especulación. Hablaba del blues como ablandando posibles iniquidades; palmeaba sobre sus piernas sin la necesidad de un refugiado. Confiaba en la suerte, siempre rentable, de la coexistencia, ahora, después de su "retorno de Africa", como él mismo, entre sollozos, decía. (Había llegado a la ciudad de Oaxaca y se había encontrado con cierto chofer de algún camión de la Secretaría de Obras Públicas, quien lo guiaría junto con otros desconocidos a la Sierra, anhelada.



Pero él no fue. A un paso de ella, la noche anterior había bebido incansablemente hasta encontrarse con dos gabachos. Les escupió, lo incrustaron en una columna del portal, quebró una botella en algún rostro, lo metieron a la cárcel. Un mes después, sin dinero, regresaba a la ciudad de México.) Esto me lo contaba mientras se animaba y se repetía la historia —nunca dicha por él— de las desproporciones entre el poseedor de un bastardo jardín y el intruso que acaricia sin respeto la piel de los frutos; que besa, imbuido de un viejo augurio, las almendras y los musgos y los pequeños árboles, sembrados por él mismo, más que nada ingenuo y curioso, incrédulo de su propia fertilidad, sin ser lo suficientemente precoz como para advertir las consecuencias, los grotescos reveses, la solidaridad con otros nada más por simple simpatía. Mateo descubrió, frente a mí y pletórico de acechanzas, sus cálidos rodeos a través de una duda dolorosa de días, que desdeñaba por existencial pero que guardaba con devoción por viva. Las pequeñas cosas de Josué —también ha regresado, casi al mismo tiempo que tú, me dijo—, por ejemplo, en este inaplazable descubrimiento. Sus angustias dentro de un destino anhelado. Sus impresiones, sobradas, grises, inexplicablemente. Y en un momento de



grosera imaginaria, las batallas, las conquistas y la pérdida de la Sierra, se reducirían a la figura del mesero que llega, limpio y descansado, a cubrir el segundo turno, y nos invita a pagar la cuenta, a arrojarle la propina, a salir sin historia.

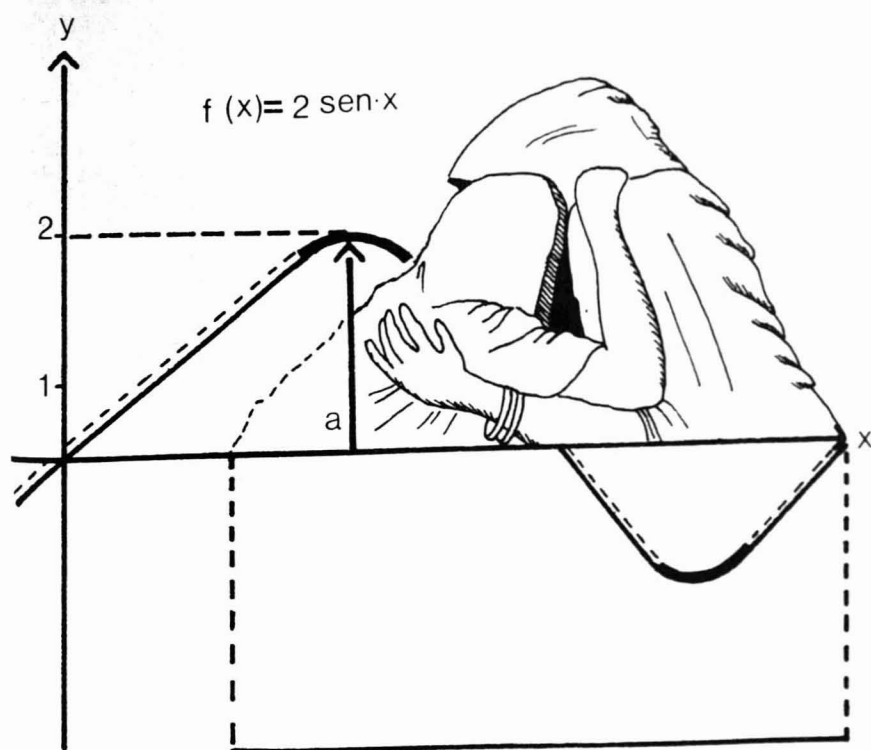
Ahora supongamos que ella accedió a vivir conmigo sólo obligada por la crisis, por la obnubilación, porque cerca no había nadie más, y mis caricias y hasta mis indiferencias le agradaban; yo, por mi parte, me sentía fuertemente atraído por su sensualidad. Su excitable sonrisa. El candor de mi insomnio.

Ella me había pedido que la entretuviera en México mientras se iba a San Francisco. Porque eso, y no un encuentro de arrebatos y fervores, era nuestra intimidad. Debíamos inventar, momento a momento, pequeños detalles; luchábamos angustiosa-

mente por construir ladrillo por ladrillo y sonreírnos entre las rendijas. Pasábamos noches descubriendo fallas y fisuras; nos divertíamos localizando cimientos falsos. Las carcajadas (ella de lado y yo mirando el pálido techo) sobrevenían en cuanto lográbamos definir el monto de mi carga. Yo, entonces, le daba la espalda y mi creciente rabia evocaba al imbécil que, sin saberlo aún, aguardaba en San Francisco. Su piel morena, fuerte. Sus 28 años y su corta estatura. Su rostro agradable, favorecido por el mostacho negro, lo convertían en la figura adecuada para remover mis recelos. Baterista de una mediocre canadiense banda funkíe, esperaba la oportunidad que le ofrecieran los observadores consuetudinarios, alcohólicos por costumbre laboral. Ex rocanrolero, ocasionalmente vendía pastas y coca para sostenerse cuando la banda no lograba renovar el contrato semanal y, a pesar de haber vivido muchos años en San Francisco, nunca había conocido a Kerouac. No le interesaba más Country Joe McDonald no obstante haber aprendido de él los primeros pasos en la música. El blues era ya clásico y el rock había que hacerlo a un lado según la exigencia del público; ese mismo blues que se nos revienta en la garganta. Conocerlo camino a Nueva Orleans, junto con ella, quien al fin había aceptado acompañarme antes de partir a San Francisco, fue una premonición, una creciente pe-

sadez que más tarde se quedó justo en la puerta del cuarto del hotelucho. Adentro, las cosas se largaban por una pequeña ventana. Huían por temor o por compasión. O quizá debido a una especie de melancolía por los basureros que abajo danzaban sin respetar al hombre de decenas de gatos sobrecogidos. Un arrebatado. O más bien, y ante todo, no desenfrenado ganzúa ni güevón, como los desatinos de ella, efímeros descolones, le habían recubierto pómulos pecho alma, sino, llanamente, un soñador sin sueño. Su discernimiento, después de la ciudad y sus menesteres, resultaba un suave y chusco reto a su piel. Pero no para la de ella. Allá, entre sus brazos, su cuarto helado, la playa del golfo, su bastión impenetrable y sordo, el refugio y las dádivas eran como la densidad de los pueblos invadidos a fuerza de cotidianas húmedas violaciones. Los sobresaltos de ella, no más lejos de su contorno, se convertían en venganzas. El arrebató, su imaginería podrida por imperecedera, le llegaba a través de viejos silbidos, de numerosos organillos de boca (dispuestos a fajarse sin contemplaciones, qué carajo decía yo), por la gracia (decía ella) de su estupidez. Su distracción (decía yo) le venía de dos anunciaciones: el hundimiento prematuro del Potemkin y la desquiciada muerte del príncipe Igor. Sin embargo, a nadie le importaba, a veces ni a él mismo, puesto que significaban bodrios del pasado, tardanzas sin espera, así como estridencias sin escucha. Puras imaginaciones. Demasiado tarde, decía ella, pero nunca como para empezar, decía yo, es todo, a pesar de que te amo decía ella pero espérate un rato nomás decía yo, exhausto, sin fuerzas decía ella sin convicción, espérate un poco decía yo, la imaginación, esa no nos va a traicionar, a dónde decía ella, en dónde nos vamos a meter, a la boca del demonio decía yo, a la cueva de los ladrones, a un antro de vicio, al meritito fango sin lugar a dudas decía ella: no, entiéndelo, ya no puedo más pero ni siquiera hemos empezado decía yo; no, dijo ella con sus frágiles ojos húmedos. Me detuve mirando cómo adelantaba algunos pasos y sus ansias desertaban, empobrecidas; sopesando entonces la inutilidad agolpada en mis manos, miré a una rebotar en su cabeza. Una sacudida, como a los árboles en el otoño, despreciando las últimas caricias, buscando conciliar mi piel con la de ella en un acto de sublime abolición.

De madrugada, miré al Greyhound perderse rumbo a San Francisco, a los pequeños negros con sus risas incompletas, a las máquinas de pedir y me acordé de los cronistas de las ciudades, de Penn, por ejemplo. Me metí en una sala pornográfica. (Conocer a los poetas norteamericanos, a los drogadictos, homosexuales, jardineros, comuneros derrotados, uno por uno, en las barriadas de la cultura; confinados, tras los amaneceres del embotamiento, a recrudecerse dentro de las ciudades, extraña suerte de mónadas feudáticas, destinadas a expandirse por un destino impostergradable.)



A Uli la conocí esa noche. Fue la empecinada atracción sobre sus giros faciales la que me obligó a sentarme, sin saber cómo, en la única mesa que ellas ocupaban (amigas de peregrinaje) en el pequeño restaurante atendido por italianos sin ánimo para emprender el regreso.

—Una centuria llena de esquizoides —gritó un joven, tambaleándose y arrastrando una mochila mientras salía del local.

Ellas se alarmaron. Yo las tranquilicé explicándoles de la forma más coherente posible los efectos de la cocaína con cerveza sobre el coco de cualquier individuo. Sus caras se tornaron apacibles, refugiadas en el barullo de datos y afirmaciones. Les hablé del viento, de la forma de encontrarse con la felicidad que produce la amargura. En ese momento, por supuesto, ni yo mismo entendía en toda su magnitud tal felicidad. Los acontecimientos le darian, con el tiempo y su cóncave, su cruel reconocimiento. Hablaba y hablaba, convencido de que ese era el remedio contra el recelo, pero sólo una imagen, o mejor dicho, un sonido prevalecían en mí.

—Bajo su piel enervada se oculta todo un cúmulo de sugerencias. Sabe, les aseguro, que mañana va a llorar; que nadie le dijo quién era ya que lo aprendió tensando las cuerdas de una guitarra; que la irracionalidad gritando a través de cientos de de-

partamentos, testigos inermes de su nacimiento, le han impuesto la lucha dentro de él mismo, sin posibilidades de salir. Ya no le resta más que hablar de sueños, ilusiones o vivir en barcos...

En ese momento el sonidó atrajo irremediablemente mi atención. Perdí la frase. Apenado, busqué algún feliz término, pero ella se adelantó:

—¿En barcos de cristal? —esperó.

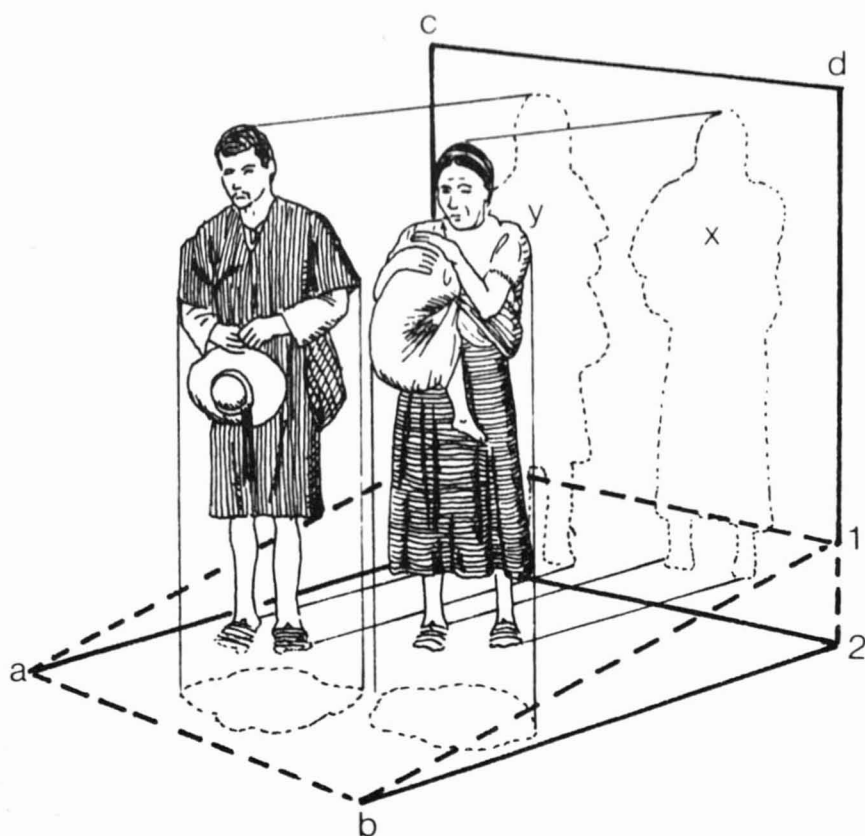
Supuse que algo debía responder, pero el aderezo de sus ojos rozó mis labios. Sonreí. Sonreímos subsanando la herida de aquel olvidable incidente.

Luego de escuetas preguntas y respuestas y har-  
tos de esperar a que el debate entre meseros, cocineros y algunos trabajadores acerca de cómo debía redactarse el menú del día siguiente terminara, optamos por dejar un par de dólares de propina. Ellas tenían que regresar a su hotel para descansar y abandonar la ciudad al día siguiente. Forzosamente, y no molesto en lo más mínimo con ello, me vi obligado a acompañarlas. ¿Las veré en México? fue mi primera pregunta al comenzar la caminata por las solitarias calles del centro. Respondieron entre carcajadas que eso era claro. Yo no comprendí la causa de las risas pero de cualquier manera hice mi parte. A la distancia se escuchaba la boca del jazz. Nos acercábamos a su hotel y enfrente había un bar remojado por las insaciables gargantas sedientas de saxofones y trompetas. El piano mecía los cuerpos de los negros recargados en la entrada. Llegó la hora de despedirnos. La compañera se adelantó. Uli, acariciando mi mano dijo también adiós. Impulsado por un contrabajo lleno de regocijo mantuve mis dedos entre los suyos. Ninguno dijo nada hasta que la compañera regresó y la llamé. De inmediato propuse la cercanía del jazz,<sup>2</sup> del *cream jeans*<sup>3</sup> bar.

— Al rato voy —le contestó.

Por tercera vez, sin historia y sin cartas, dejaste de. (No dejaste nada en realidad; pasa que el escudo de armas, longevo, supuraba abuelos, grandilocuentes mamás, de esas que nos tienen hasta la madre por su grandeza.) ¿Entiendes? ¿Sabes distinguir el desgarramiento producido por la destrucción de tu soledad y los deformes aspavientos de un solitario "hasta la madre"? Pagado de ti mismo. Mistificado. Y no se refiere (quien lo quiera decir, no musitar) a la soledad sino a Soledad, a sus nalgas y vientre. A sus hombros sin enmendaduras. Al coño, carajo; al coño, tu minoría.

Doble decisión: Una, mirar a la muchachita que alza su mano, lenta, y muestra la palma como pequeña Sioux importada del viejo John Ford; mirarla resecar la viscosidad de sus labios siempre mayores y menores (siempre). Su pincel y los grises herederos de sus engaños por la vida, de sus suplanta-



<sup>2</sup> En caló, copulación, vagina.

<sup>3</sup> En caló, orgasmo.

ciones generalizadas, sus pequeñas inversiones. Desde muy adentro, la acidez del amarillo para solventar la cuenta creciente, la especulación activa. Reconociendo desde su puño hasta la tela recobra por un momento la ansiada revelación, la palabra en sesgo, su estado en clave, personal, unívoco. Desde abajo, atrás, desde los rincones, la resina muestra las capas, las mutaciones. Su inoperante estado de cuenta. Ella misma pinta su devaluación dijo alguna vez ella misma.

Dejó su abrigo sobre la cama como si fuera él mismo. Alisado, enmohecido, el cuello tenso quizá sin garbo si estuviera dentro. Caminó hasta la recámara vecina y besó la máquina, la fabril Adler, mientras decía arriben arriben cordones de la pesca mayor; suban por el tejado, arañen paredes y rasguen los ventanales. Inmiscúyanse. Tomó la mano de su madre y la apretó de paso. Ella, sin impulso, le preguntó por las caricias de su padre. Siguió hasta la ventana, decidido a escuchar los agrios embates de un automóvil (subcutáneo le caería bien) tras una camioneta que, para disgusto de él (sin su madre), no podía verla ahora. El conductor del automóvil descendió, miró de frente, en dirección al espejo de la camioneta, y se quitó el saco; lo echó sobre el asiento trasero y entró de nuevo, agachándose, jalando con irremediable ánimo la puerta. Su madre la pidió que no ocultara el rostro. No pasa

nada, ¿eh?; nada, le repitió. Son las caricias irreverentes de los muslos de una bailarina. Es la gritería de los arcabuces rotos. ¿Los viste en el río? ¿Me puedes decir si está completo, si estoy sin cuarteaduras? Cuando se fueron, le dijo la madre, insistente, me propuse callar. Hay una mujer madre, hay una chiquilla que silba rock, que suda blues. No es por nada pero nos ponemos hasta el gorro juntos, en el cine, a veces; con cerveza y pizza, a veces. Miró dar vuelta a la camioneta y dio vuelta él mismo. Se prendió en la madre un propósito, uno que había sedimentado por años, desde que su padre la había descubierto vistiendo ratones para el circo de los hermanos, juntos en un rincón de la Casa Mayor. Ahí no había más que subir las escaleras y saltar a la otra azotea. Saltó y su padre se paralizó, deteniendo bruscamente el cinturón. Tal propósito comenzó a gestar en su vientre. Pidió que el Sereno le cantara una canción. El se encontró con un trofeo de boliche y le dibujó la mirada interna (de Josué y sus iniciados magos del año). Un día de éstos podría seguirla (a ella) gritó porque, en realidad, no tenía ninguna razón para decirlo; por eso lo gritaba. Madre, cuando algo no se quiere decir, se grita. Salvaje descubrimiento, tan salvaje como ella dice que es. O al menos sus labios saben así. No es sencillo, carajo madre, no es sencillo; pero cuando se me entume la boca sólo sus labios saben así. Ella me lo dijo; mira madre, cuando nos embriagamos, nos detectamos. Y si ella no está, y están otros, nos falta nuestra propia resequedad aquí, en los riñones, en la lengua. Me cae de madre, madre. La madre aguantó el hilo y lo pasó por la aguja. Prendió la lucecilla sobre la tela. Presionó el pedal. El buscó las páginas del pasado, vieja canción extraviada de la moda.

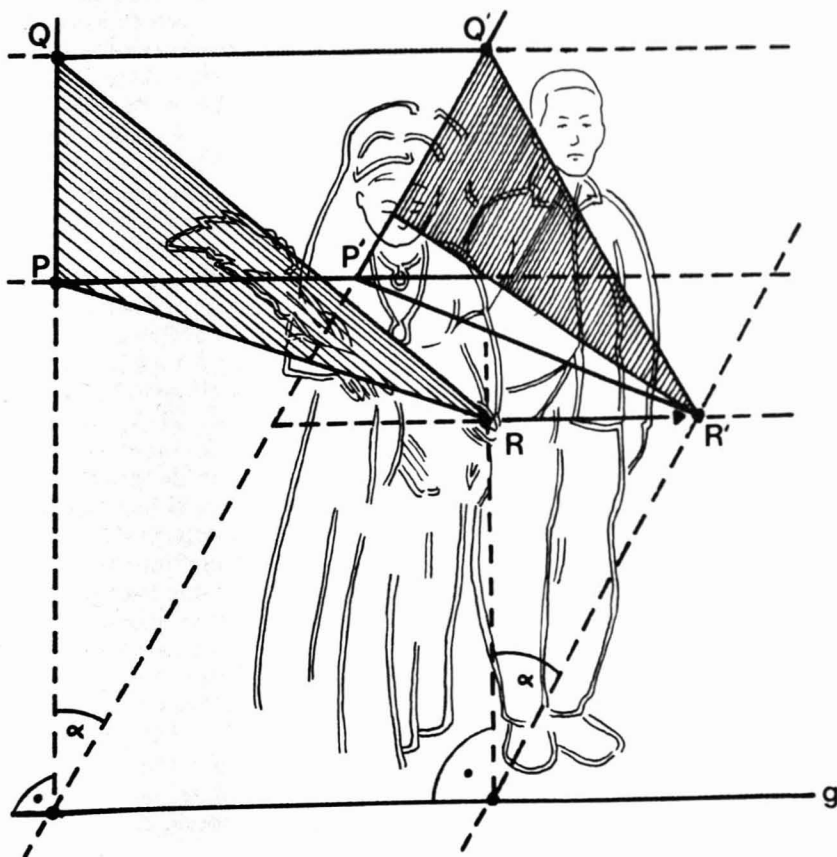
— ¿Qué te pasa? —le dijo mientras volteaba la tela—; hace semanas que no vienes. ¿Cómo estás?; saluda al menos.

— Hola.

Al día siguiente nos reunimos Josué y yo; él me había enviado una carta, lo recordaba ahora que lo tenía enfrente, estrechándole la mano. "A veces te miro y te me haces un gato", pensé; "a veces ni te escucho", volví a pensar. Josué no me habló de su carta, aunque de hecho se había tratado de una sorprendente (por la incoherencia enfermiza de sus entusiastas impresiones) apología del estado de California. Se dirigió al trabajo sin prefacio alguno; habló de su éxito en San Francisco, de los alucinados conciertos de Yes, de las playas y los amaneceres, de los atardeceres y la luna, de ese gran pulmón cósmico.

— Supe que te habías metido un ácido —le dije con toda la socarronería contenida.

Se metió las manos en los bolsillo, asintió y mascó sin tener nada en la boca. Toda su adolescencia, hinchada, se le clavó en el entrecejo. Me acordé de que, según decían ella, el canadiense y el mismo Josué, San Francisco, santo patrono de los animales,



"¿Es preciso convencer a estos seres de que son resultado de un espejismo



o bien darles ocasión de manifestarse?"

A. Bretón

era la libertad en persona. Las viejas hipótesis pensé mientras Josué relataba próximos advenimientos. Recordé una de las viejas hipótesis, una no tan perdida en el tiempo y en el espacio, una obsesiva intimidad en tanto que Josué llenaba de nuevo su vaso y los desquiciados ciudadanos sin techo hacían planes para esta noche. Pensé en mi primo, en cómo sus dóciles e inexpertas manos masturbaban mi miembro (la fotografía, dice Josué, es mi sucia socia, y ríe), regresando el favor y cómo, ardiendo, mirábamos pasar a una mujer, no mayor de 16 años. La imaginábamos de centeno, con sus ojos negros y sus labios grandes. Las piernas brillantes. Josué se levantó al baño y yo y mi primo decidimos hacerla nuestra. No una simple tarde danto vueltas a la manzana, sino nuestra. Sonrió y se sentó junto a nosotros, en un escalón de la puerta. Mi primo, a su lado y una huella más arriba, disfrutaba mejor de sus senos que, sin duda después de discusiones y comprobaciones, caían desnudos. No platicamos demasiado porque su prudente coquetería la despertó. De pronto, sin más preámbulo, se levantó y se despidió. Mi primo, astuto, la invitó al cine. Ella aceptó y me tendió la mano. Repitió que sí y preguntó la fecha, mirándome. Mi primo dijo mañana. Ella separó su mano y se fue. La vi por detrás: escudriñé en su piel de cacao y encontré, sin quererlo, un corazón de espadas, lleno de sables y de hachas, y de dagas y espadines. También hallé un machete.

Crucé mis manos. Mi primo me observó y me

apostó que tendríamos orgía asegurada. La llevaríamos al hotel donde se hospedaban él y su padre, con el pretexto de pasar a recoger algunos encargos, y la meteríamos sin precedentes. Josué regresó y pidió otra cerveza pero yo y mi primo, uno de cada lado, la guiábamos al cine, a prepararla como él decía. Cuando llegamos, la función había comenzado apenas o iba a la mitad. No importa, dijo mi primo, qué carajos te fijas en eso. (Josué cuenta cómo el arte en los Estados Unidos es real, verdadero, no sombrío como aquí.) Subimos al primer piso y nos sentamos atrás, clarificando nuestras intenciones. Ella me preguntó por el nombre de la película y yo no supe, pero le expliqué que por lo menos Sofía Loren se veía muy bien de doncella y que la película era más bien una porquería y que me gustaban sus ojos. (Josué me define: Vaticinio: algo que cae aproximadamente entre una predicción y una profecía; carece de la dirección divina de la última y de las bases empíricas de la primera.) Ella volteó a verme y se regocijó en silencio, acariciándome la mano. Mi primo, atento a la atmósfera, se percató de la indiferencia de la gente y la abrazó. La besó decidido. Le apretó el hombro con energía. Le acarició las piernas. (Yo me imagino, dice Josué, un organismo, ya sea planta o animal, como una especie de oligarquía en la que una minoría de átomos, que actúan como catalizadores, dirigen la gigantesca masa de moléculas plásticas.) Yo intenté desentenderme. La película y sus murmullos se volvieron una plasta de incomodidades. El Renacimiento era entonces superfluo para la lengua de mi primo, el cuello de ella y mi vista fija en la Loren declamando su fidelidad por el hombre que defiende su reino y cultiva las garantías de un pedazo de tierra llamada por Dios para salvar a los hombres. Los cuchicheos se acrecentaron y mi primo fastidiado por la docilidad inerte, la dejó.

— Que te faje aquel cabrón —dijo rabioso.

Ella continuó paralizada. Yo, inmóvil también, escuché con toda la atención que pude el júbilo por la conquista sacrosanta, la euforia por el triunfo de la épica eterna. Al fin, ella se movió hacia mí. Dudé. Me agité. Viejos alcázares fueron rociados por el agua renovadora. Con las manos sudadas, sin haber movido un solo rincón de mi cuerpo, miré encenderse las luces y aproveché para restregarme los ojos. Sin hablar, nos levantamos y caminamos de regreso. Frente al hotel, mi primo hizo aún el último intento. Ella, asustada, con los brazos cruzados, dijo que debía llegar de inmediato, que tenía frío. Me miró y mi primo y yo nos quedamos en el restaurante del hotel, bebiendo refrescos, lamentándose él de la mala suerte. Josué, cansado de esperarme, pidió la cuenta y salió. "Hace mucho tiempo que no lo veo gato", pensé, cerrando la puerta del coche y poniendo una cinta, cualquiera, alguna de las traídas por Josué, de moda en San Francisco.

